

VICENTE LLORENS: LITERATURA, HISTORIA, COMPROMISO

Alfredo Saldaña
Universidad de Zaragoza

Es evidente que el ser humano nace siempre en el seno de una determinada cultura, aunque eso, sin embargo, no implica ni mucho menos la condena de vivir permanentemente encerrado en ella, la imposibilidad de conocer otras culturas a lo largo de la vida; es imposible vivir al margen de uno u otro escenario cultural y perder todos los vínculos con la cultura originaria supone sin duda una tragedia, el cierre de la fuente de una posibilidad. Así, el cambio obligado de un lugar a otro puede conllevar en quien lo experimenta incertidumbre, desaliento y violencia y, de este modo, toda vida marcada por el exilio implica un cierto desarraigo en el ser humano que lo sufre. Habría pues que aceptar el hecho de que eso que denominamos "identidad cultural" se da en unas condiciones en las que la cultura funciona como una estrategia de identificación y autoafirmación, en situaciones en las que se expone –sin condiciones, aun a riesgo de perderse– como una marca reveladora de nuestra propia personalidad; en ese sentido podría afirmarse que toda identidad surge a partir de un dilema, emerge en un lugar amenazado por el miedo de su propia desaparición y ese miedo –como tantas veces la historia nos ha mostrado– suele ser un rasgo inherente a todos aquellos que han protagonizado experiencias de desarraigo.

Aunque solo las culturas que sobreviven –si ello es posible– en régimen de aislamiento o autarquía se presentan como compartimentos estancos, lo cierto es que en la mayor parte de los casos las culturas no son ni inmutables ni impermeables entre sí y dibujan híbridos y complejos escenarios de muy diferentes extensiones. Uno de esos escenarios –que acoge a su vez otros muchos de dimensiones más reducidas– es el ámbito territorial conocido con el nombre de país o nación, un lugar caracterizado casi siempre por una más o menos intensa heterogeneidad –incluida la lingüística– en el que nuestra propia identidad se pone en juego cuando entra en contacto con la alteridad, cuya identidad con frecuencia tendemos a negar (Gellner, 1988; Hobsbawm, 1991; 2000). Entre los estudiosos del nacionalismo, hay quienes –como Benedict Anderson, Homi Bhabha o Eric Hobsbawm– lo entienden como un fenómeno histórico más o menos reciente, una construcción discursiva contemporánea, y quienes –como Anthony D. Smith, más próximo a una visión esencialista– consideran que el nacionalismo tiene unos orígenes premodernos y se asienta sobre unas bases étnicas comunes.

Para lo que aquí interesa, cabría recordar que la historia del siglo XIX se presenta como la época de la configuración de las naciones, hasta el punto de que la idea de nación se convirtió en una construcción conceptual de enorme relevancia y el nacionalismo se consolidó como teoría y práctica política. En todo caso, cabe afirmar que ese siglo se singularizó por un fuerte desarrollo de una política identitaria nacional (Hutcheon, 2002) basada en el concepto político de Estado nacional y en el nacionalismo cultural y que impulsó el avance de disciplinas como la filosofía de la cultura y la historia literaria. Dada su estrecha relación con la lengua, la literatura, más que otras prácticas artísticas –la música o la pintura, por ejemplo–, ha ocupado un lugar relevante entre los factores de cohesión nacional; así, para una política nacionalista la literatura debe ser ante todo expresión de lo nacional. La historia de la literatura –que durante siglos en Occidente se vio como una única experiencia compartida– fue troceándose en función de diferentes lenguas y nacionalidades, a pesar de las críticas que la idea de nacionalidad generó en autores como Schopenhauer y de las encendidas defensas que de la literatura entendida como un fenómeno universal (*Weltliteratur*) hicieron algunas voces autorizadas a lo largo del siglo XIX: en un primer momento, Goethe en su tantas veces citada conversación con Eckermann del 31 de enero de 1827, y después Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*, donde se lee: “Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal” (Marx y Engels, 1987: 46).

Sin embargo, no fueron estas precisamente las voces más escuchadas en aquel momento y así fue como a finales del siglo XIX la historiografía literaria se consolidó sobre la base de la poética romántica y sus modelos de inspiración nacionalista y su objeto de estudio –la literatura nacional– pasó a valorarse como un reflejo del “espíritu del pueblo” o “espíritu nacional” (eso que los románticos alemanes denominaban *Volksgeist* cuando se referían a la idea de nación en tanto que comunidad de cultura y lengua). En estas circunstancias, la historia de la literatura funciona como una herramienta al servicio de la propaganda nacionalista. Y entre los elementos que contribuyen a configurar tanto la tradición como la ideología nacionalista ninguno es tan poderoso, tan fuerte, como la lengua, la única patria del escritor o, sin más, del ser humano (tal como pudieron defender en diferentes momentos Humboldt y O. Paz), idea que también pudo hacer suya un desterrado como Luis Cernuda y que recreó en unos versos de ese demoledor poema incluido en *Desolación de la Quimera* titulado “Díptico español” (Cernuda, 1991: 340):

Si yo soy español, lo soy
a la manera de aquellos que no pueden
ser otra cosa: y entre todas las cargas
que, al nacer yo, el destino pusiera
sobre mí, ha sido ésa la más dura.
No he cambiado de tierra,
porque no es posible a quien su lengua une,
hasta la muerte, al menester de poesía.

Escribir, pues, como hace Cernuda a partir del exilio, desde la perspectiva de que la única patria posible se halla en la poesía –y en la lengua en este caso vernácula en que ha de ser elaborada–, apostándolo todo a una misma carta.

Esto debería servir para recordarnos que la literatura es casi siempre resultado de conflictos, tensiones, rupturas, discontinuidades y enfrentamientos de distintos tipos; además de unos valores estéticos e imaginarios, la literatura desarrolla unas determinadas funciones como discurso social: sirve para dotar de cohesión a una colectividad pero también para abrir fracturas en los cimientos sobre los que se asienta esa misma comunidad, fomenta unidad y proporciona señas de identidad a un cierto colectivo, sí, pero asimismo es un lugar idóneo para practicar la crítica de todos los valores y modelos que regulan la vida social de ese mismo grupo; de este modo, la noción de literatura nacional (española, italiana, alemana, francesa, etc.) no debería entenderse nunca como un concepto natural, ligado a la evolución sociológica e histórica de un determinado país, sino como una construcción cultural en la que

los dos miembros del sintagma –el sustantivo y el adjetivo gentilicio– han ido adquiriendo distintos valores y sentidos con el paso del tiempo. José Lambert (2006) propone hablar de literatura en Francia, en España, en Alemania, en lugar de literatura francesa, española, alemana, con lo cual se conseguiría demostrar que las relaciones entre las literaturas y las estructuras socio-políticas no son naturales ni corrientes sino que responden a determinados mecanismos que deben ser analizados. En este sentido, la *Historia de la Literatura Española* de Ángel Valbuena Prat, publicada en 1937, supuso una profunda renovación en la manera de entender los estudios literarios al subordinar el dato a la interpretación y al desvincular la historia literaria del nacionalismo: “El elemento más visible de esa renovación es que acaba con un consuetudinario espíritu patriótico que había configurado una dependencia muy estrecha entre Historia Literaria y nacionalismo” (Pozuelo, 2000: 62). Y habría que señalar que Valbuena comparte algunos rasgos ideológicos con Vicente Llorens pues ambos se forman con maestros e instituciones que recogen el legado de la Institución Libre de Enseñanza.

Hoy, en unas sociedades tan multiculturales, multiétnicas y políglotas como muchas de las nuestras, reconstruir históricamente cualquier literatura nacional ha de hacerse a partir de categorías como la extranjería y el exilio, el multilingüismo y la diversidad cultural, la desposesión y la errancia, categorías que atentan contra la línea de flotación de lo nacional. La misma historia de la denominada “literatura española contemporánea” no se entiende sin la contribución de la literatura del exilio provocado a partir de la guerra civil, y otro tanto podría decirse de la cultura en general, tal como muchos críticos e historiadores han reivindicado desde hace ya tiempo. Así, convendría tener en cuenta que la atención prestada a la producción científica, cultural y artística del exilio supone una apuesta clara por la superación de los nacionalismos culturales y –en el caso de la historia cultural española contemporánea– una defensa decidida de la integración del mundo hispánico de una y otra orillas del Atlántico, además de un reconocimiento a la importantísima labor desempeñada por los emigrados (recordemos que dos galardonados con el premio Nobel –Juan Ramón Jiménez en Literatura (1956) y Severo Ochoa en Medicina (1959)– eran en esos momentos figuras del exilio). Si repasamos esa historia, nos daremos cuenta de que está plagada de figuras que –por razones culturales, religiosas, ideológicas o políticas– tuvieron que desarrollar sus obras más allá del ámbito nacional o, sin salir de él, en condiciones adversas: Fernando de Rojas, Mateo Alemán, Andrés Laguna, Francisco de Vitoria, Santa Teresa de Jesús, San Juan de Ávila, Juan de Vergara, Fray Luis de León, Luis Vives, Juan de Valdés, Miguel Servet, Miguel de Molinos, Meléndez Valdés, Espronceda y Unamuno son solo algunos ejemplos.

Frente a emigraciones políticas anteriores –formadas por colectivos de una sola clase social (judíos, moriscos, gitanos, jesuitas, afrancesados, liberales, etc.)–, la que surge con el final de la guerra civil se compone de personas de muy diversa procedencia social, política, cultural y económica (Llorens, 1976). En cualquier caso, y más allá de la obra desarrollada por algunas de esas personas a título individual, es destacable la labor de difusión cultural llevada a cabo por el colectivo de emigrados republicanos en los países hispanoamericanos (editoriales, librerías, periódicos y revistas en donde trabajaron muchísimos editores, libreros, tipógrafos, impresores, grabadores y otros técnicos). Y –por no hablar de lo sucedido en otros ámbitos artísticos y del pensamiento científico y filosófico–, si nos centramos en el ámbito literario, es un hecho suficientemente conocido que buena parte de la literatura, la crítica literaria y la historia de la literatura españolas contemporáneas ha sido escrita por autores marcados por el denominado “exilio republicano” de 1939 (Abellán, 1976: 14). La lista es prolija y a ella pertenecen nombres fundamentales de la cultura española del siglo XX: Enrique Díez-Canedo, Corpus Barga, José Moreno Villa, Benjamín Jarnés, Juan Ramón Jiménez, Américo Castro, Rafael Dieste, Arturo Barea, León Felipe, Pedro Garfias, Manuel Andújar, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Pedro Salinas, Juan Larrea, José Fernández Montesinos, María Zambrano, Ángel del Río, Ramón J. Sender, Francisco Ayala, Max Aub, José Ramón Arana. Muchas de estas personas abandonaron el país sin saber que morirían sin volver a pisar tierra española. En ese catálogo ocupa un lugar destacado Vicente Llorens (1906-1979), sin duda uno de los más rigurosos investigadores de las emigraciones políticas, sociales y culturales españolas modernas y contemporáneas.

Estudiante en las universidades de Valencia y Madrid (1921-1926), lector de Español en las de Génova, Marburgo y Colonia (1927-1933), colaborador de la sección de literatura contemporánea del Centro de Estudios Históricos, donde trabajó bajo la dirección de A. Castro y P. Salinas, profesor y director entre 1934 y 1936 de la Escuela Internacional Española, V. Llorens fue, tras la guerra civil y ya en el continente americano, profesor de literatura en las universidades de Ciudad Trujillo (hoy Santo Domingo, República Dominicana, 1940-1945), Río Piedras (Puerto Rico, 1945-1947), donde comenzó a interesarse por la poesía española del destierro y, finalmente, a partir de 1947, con la ayuda de sus maestros y amigos P. Salinas, L. Spitzer y A. Castro, en las de Johns Hopkins, Princeton, State University of New York at Stony Brook y Harvard (Estados Unidos), etapas todas ellas de una trayectoria intelectual en las que fue dando forma y fondo a un proyecto de investigación sobre el exilio, el destierro, la discontinuidad y la intermitencia como rasgos consustanciales de la historia cultural

española de los siglos XIX y XX, una historia –si nos ceñimos al ámbito literario– condicionada casi siempre por la acción ejercida por fuerzas religiosas y políticas coercitivas (Llorens, 1974). Así, en 1948, al poco tiempo de llegar a Estados Unidos, y ya al abrigo de unas condiciones económicas y materiales mucho más favorables que las que había encontrado en sus primeros años de exilio, Llorens publica “El retorno del desterrado” y, un año después, “La actividad literaria de la emigración española” y “La emigración liberal española de 1823”, trabajos en los que muestra ya una clara y decidida disposición a estudiar las dinámicas económicas, políticas y sociales que acompañan a los exilios culturales españoles.

Exiliado –o mejor, como él mismo prefería decir, desterrado o emigrado– republicano de 1939, el destierro marcó su trayectoria personal y orientó su trabajo investigador, de tal manera que Llorens hizo de esa precaria condición vital el epicentro de un riguroso y exhaustivo proyecto cultural, historiográfico e intelectual desarrollado a lo largo de casi cuarenta años: “El destierro no es tan solo una pérdida, un cambio o un derrumbamiento, ni siquiera una anulación definitiva; es sobre todo una ruptura, un quebrantamiento interior que deja como dolido para siempre lo más hondo del ser” (Llorens, 1967: 30), una ruptura que además puede afectar a la configuración del pensamiento histórico, como el propio Llorens (2006a: 181-197) vio en la obra de Américo Castro, o al estilo, la visión de la realidad, la temática o el tono de muchos poetas desterrados. Si todo destierro implica anclaje en el pasado, pérdida, soledad, aislamiento, abandono y una mirada puesta en el retorno, no debe extrañarnos que la vida del desterrado, como señala Llorens (1967: 9), se encuentre en realidad “más cerca de la muerte que de la vida”, una muerte que se teme al mismo tiempo que se desea. El emigrado, dirá en otro lugar (Llorens, 2006b), es un superviviente, alguien condenado a arrastrar la poca vida que le queda.

A la luz de esas rupturas y discontinuidades, Llorens pudo desarrollar trabajos de investigación sobre la historia política y social del siglo XIX, con especial atención a los factores económicos y a los movimientos proletarios, particularmente los anarquistas (Llorens, 1970), pudo asimismo presentar un panorama crítico del romanticismo español como resultado de continuas tensiones y contradicciones internas, un romanticismo que “se debatió entre una aspiración ilimitada y una realización incompleta” (Llorens, 1989: 515). De este modo, el destierro liberal y romántico de autores españoles en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX, con especial atención a la figura y la obra literaria de José María Blanco White –a quien editó y estudió en profundidad (Blanco White, 1971; 1972)–, y el exilio republicano de 1939 –su propio exilio–

fueron diferentes desarrollos de un mismo tema que ocupó a Vicente Llorens durante prácticamente toda su vida (Aznar Soler, 2006). De esa ocupación surgieron títulos como *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra, 1823-1834* (1954), un libro muy bien valorado por la crítica en el momento de su aparición que consolidó a su autor como una autoridad en el hispanismo internacional, un libro, además, en el que su autor destaca la importancia de la obra de los emigrados en Inglaterra en relación con la historia política y literaria española del primer tercio del siglo XIX, *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945* (1975) o *La emigración republicana de 1939* (1976), trabajos todos ellos fundamentales en la historiografía literaria y cultural española contemporánea. Repárese en que aquí estoy utilizando indistintamente los términos *destierro*, *emigración* o *exilio* para referirme a prácticas en las que se abandona el propio país por motivos políticos. V. Llorens, en un texto titulado “Destierro y exilio: cuestión de palabras” (2006a: 47-49), anota la rica tradición histórica y literaria de la palabra *destierro* en español y distingue entre el *emigrado* (que sale de su país en contra de su voluntad por motivos religiosos, étnicos, políticos o ideológicos, una figura que se correspondería con el actual *refugiado*) y el *emigrante* (que lo abandona para conseguir una situación económica más favorable); en ese texto encontramos sus puntos de vista sobre una cuestión que no es solo terminológica y, al hilo de esas explicaciones, podemos entender cómo V. Llorens pudo contribuir a una obra colectiva titulada *El exilio español de 1939* con el volumen *La emigración republicana de 1939*, constituido por dos ensayos –“Introducción histórica: emigraciones en la España moderna” y el que da título al volumen–, dos trabajos que, al parecer, eran solo una primera aproximación al exilio republicano de 1939. Con un alcance más general y motivado por otros intereses, Llorens se muestra como un historiador y crítico de referencia en volúmenes como *Literatura, Historia, Política* (1967), *Aspectos sociales de la literatura española* (1974) o su ya póstumo *El romanticismo español* (1980).

Así, al margen de autores, textos, temas y motivos literarios por los que Vicente Llorens mostró un interés destacado (las figuras del desterrado y del converso, la intención del *Quijote*, Jovellanos, Blanco White, Espronceda, Galdós, Pedro Salinas, el papel desempeñado por la censura religiosa y política, la imagen de la patria en la literatura del destierro, la discontinuidad de nuestra historia cultural, agrietada por continuas fracturas e intolerancias), al margen, decía, de estos y otros muchos elementos, su obra pivota en torno a una convicción muy arraigada: valorar la práctica literaria en su historicidad primordial, esto es, como resultado de unas singulares condiciones de tiempo y espacio, reflejo en todo caso de diversas corrientes sociales,

derivas políticas e instituciones culturales, una obra que, en sus propias palabras (Llorens, 2006: XX), se materializa como “el testimonio de un expatriado de nuestro siglo que ve el pasado español a la luz del presente y aun del futuro”, un testimonio, podría añadirse, basado siempre en una exhaustiva labor de documentación e investigación, el testimonio, como es el caso del propio Llorens, de alguien ubicado en tierra de nadie o, por decirlo con el título de uno de sus ensayos, “Entre España y América”, uno de los muchos textos en que Llorens reflexiona sobre esa inestable e incierta situación en que se encuentra un emigrado que muy bien pudiera ser él mismo: “el propio emigrado, por el hecho mismo de ser un refugiado político, se muestra muy reacio a integrarse en la sociedad que le acogió. [...] Él está allí de paso. Así al menos lo cree al principio. Su pensamiento, su futuro está vuelto hacia España, y en consecuencia él mismo mantiene una actitud de apartamiento” (Llorens, 1967: 229-230). Todo esto apunta hacia situaciones de ruptura y discontinuidad, aislamiento y déficit vital de esa “especie de sombra humana sin cuerpo y relieve” que, según Llorens (2006a: 185), es el emigrado.

Habría que señalar también que –junto al papel desempeñado por la emigración cultural española de estos dos últimos siglos– V. Llorens ha analizado el lamentable y arrollador trabajo inquisitorial llevado a cabo en España por la censura religiosa, cultural, política e ideológica, hasta el punto de que son dos fenómenos –exilio político y censura– que suelen coincidir en el tiempo: un Estado nacional capaz de forzar el exilio de algunos de sus ciudadanos con frecuencia tiende a desarrollarse mediante prácticas censoras. De hecho, y a la luz de la obra de Blanco White, Llorens (1989) encuentra en la propia Inquisición y en el absolutismo monárquico los dos grandes valedores “de un sistema dogmático donde no cabía la duda ni el ejercicio del espíritu crítico” (1989: 47), y ese sistema tenía necesariamente que afectar de un modo negativo a cualquier actividad intelectual. A juicio del autor de *El romanticismo español*, el final del trienio liberal en 1823 trajo consigo el restablecimiento del absolutismo y la imposición de la censura gubernativa y, con ellos, un considerable estancamiento cultural; de este modo, ese desconocimiento de gran parte de la bibliografía histórica, científica, filosófica, política y literaria provocado por la acción censora “no pudo menos de contribuir al empobrecimiento, o si se quiere al provincianismo que no obstante el tiempo transcurrido se hace notar todavía en la cultura española” (Llorens, 1974: 9). Como es lógico, ambas prácticas generan en cualquier comunidad desajustes y tensiones, carencias y servidumbres y, en esas circunstancias, el progreso cultural se hace muy cuesta arriba puesto que, como señala Llorens (1967: 121-142), cualquier novedad es por sistema sospechosa de herejía.

La emigración conlleva frecuentemente la configuración de un nuevo imaginario que, parece lógico, se nutre de elementos tomados de la tradición cultural dominante en el país de acogida. Llorens (2006) estudió cómo afectaron esos procesos migratorios en las obras de algunos escritores españoles y pudo extraer así algunas conclusiones acerca de la originalidad y la imitación, esos conceptos tan relevantes en el pensamiento literario desde la Antigüedad. Al hilo de la obra poética de Espronceda en el destierro, señaló que “el problema de la originalidad y la imitación no era tan simple como lo planteó la teoría romántica, cuando la práctica podía contradecirla. Espronceda, el más personal de los poetas románticos españoles, imitó mucho” (Llorens, 2006: 349-350). Como nos ha enseñado el profesor de Princeton en muchos de sus trabajos, es frecuente que las experiencias de destierro conlleven entre los escritores incorporaciones de tradiciones y lenguas propias de los países de acogida, un hecho que indudablemente contribuye a disolver la identidad nacional del escritor afectado por el bilingüismo –Blanco White ilustraría a la perfección este modelo siendo además un autor cuya obra, a juicio de Llorens (2006: 661), se caracteriza por “la desproporción existente entre su valor y su escasa resonancia”–; y no es solo esa identidad nacional la que se ve alterada por el destierro, la identidad individual también es sometida a profundas transformaciones motivadas por la sustitución de un escenario social por otro, transformaciones que generan a veces tensiones y dualidades, como en el propio Blanco White, quien durante su vida en Inglaterra sustituyó su segundo apellido, Crespo, por la traducción al inglés del primero, con lo cual fue capaz de crear un sintagma que –más allá del juego de palabras– reflejaba muy bien ese desgarramiento propio del exiliado (en realidad, Blanco White era hijo de Guillermo Blanco y nieto de William White).

No sería ese, sin embargo, el caso de Cernuda, citado más arriba, un poeta que durante toda su etapa de exiliado se mostró fiel a su lengua nativa, un gesto, según Llorens (1967: 33), común en la poesía desde el romanticismo, momento a partir del cual “el poeta no cree poder expresarse de un modo auténtico más que en su idioma vernáculo”. Ahora bien, si Cernuda encaja en el diagnóstico propuesto por Llorens, y muy probablemente sea ese el molde general en el que encajaría la mayor parte de los escritores emigrados, habría que recordar que Juan Larrea adoptó el francés como lengua de creación poética muchos años antes de iniciar su destierro americano. En todo caso, debe tenerse en cuenta que, aunque se mantenga la lengua, el exilio implica un nuevo escenario en el que un público lector ha sido sustituido por otro y que la elección de otra lengua diferente de la materna como vehículo de expresión literaria supone una apuesta deliberada por el nomadismo, el vagabundeo y la errancia, una

actitud abierta a la posibilidad de contemplar el mundo desde otra perspectiva. Si la patria de un escritor no se encuentra en el país que le vio nacer, ni tan siquiera en la lengua que heredó de sus antepasados, sino en la lengua, así, sin más, puede entenderse esa lengua como un espacio en construcción y no como una obra acabada, un escenario hacia el que el escritor ha sido arrastrado y en el que no deja de buscar la palabra perdida, su palabra.

La literatura –que acaba constituyéndose como una institución cultural, social– no dispone de otro instrumento de trabajo, la lengua: a través de la lengua el escritor se relaciona con quienes antes que él fueron conformándola y a través de ella se relacionará también con los escritores que han de venir tras él, y todo ello, claro, referido a un mismo ámbito lingüístico. Vicente Llorens –que se ganó la vida en sus años de emigración como profesor de literatura– ha analizado lo complejo, dificultoso y a menudo ingrato de esa labor en países de lengua distinta, y esa situación se agudiza en el caso de la literatura española, que “tiene para la mayoría de los lectores extranjeros un carácter y un estilo extrañísimos, difíciles de captar aun cuando conozcan suficientemente la lengua” (Llorens, 2006a: 193). Pero no es raro, como se viene defendiendo a lo largo de estas páginas, que los escritores –bien de forma voluntaria u obligados por las circunstancias– traspasen ese ámbito lingüístico –el de la lengua materna– y beban en otras fuentes; en esos casos, en lugar de una actitud localista, nacionalista, de repliegue identitario, es frecuente encontrar una actitud universalista, posnacionalista, de despliegue identitario. Aunque es posible que algunos nacionalismos culturales han podido dar más importancia a factores raciales, políticos, éticos o religiosos, es conocido el uso que la ideología nacionalista ha hecho del mito de la lengua entendida como factor de unidad y cohesión, como garantía y expresión de la singularidad nacional, y ello a pesar de que ninguna colectividad, grupo social o Estado es del todo monolingüe y todas las lenguas son –como ya señalara Bajtín– heteroglosas, reflejan una situación más o menos intensa de mestizaje lingüístico, y este hecho atenta contra una de las bases más sólidas de la doctrina retórica tradicional, la *puritas*, la homogeneidad y uniformidad de la expresión. Sin embargo, esta heteroglosia responde también a las diferencias sociales que podemos encontrar en cualquier comunidad y, por lo tanto, se presta a ser analizada como un rasgo político e ideológico. Bajo la aparente calma y uniformidad de la voz más sobredimensionada se escuchan otras voces que descubren las grietas y la polifonía de toda sociedad.

Esta situación alcanza a veces a autores que no desarrollan su trabajo precisamente desde el exilio. Serían los casos de, por ejemplo, Juan Goytisolo (*Juan sin tierra*, 1975)

o Julián Ríos (*Larva*, 1983), quienes, al incorporar distintas lenguas a sus obras, se fijan como un objetivo principal cuestionar las ideas y esencias de más rancio abolengo nacionalista y, de paso, rechazar lo más abyecto de la tradición cultural hispana. En Goytisolo –cuya obra es reflejo de una sensibilidad y una ideología muy particulares y que ha desarrollado su vida en países como España, Francia, Estados Unidos o Marruecos– encontramos una acusada conciencia del exilio en una obra que no renuncia a la experimentación lingüística y al desmantelamiento de pactos y convenciones sociales, y esa conciencia le aproxima a otros escritores que conocieron distintas manifestaciones del exilio (Larra o los propios Blanco White y Cernuda); en todos ellos, aunque vivido de distintas maneras, el exilio supuso una oportunidad de liberación de los tópicos y moldes expresivos más arraigados en el español, tópicos y moldes que funcionan también como cortapisas culturales y que acaban coartando la libertad de pensamiento. Obras como las de estos y otros autores nos enseñan que, para el caso que nos ocupa, eso que podría denominarse “identidad española” no se entiende, por una parte, sin la contribución de las culturas judía y musulmana y los textos de los exiliados y, por otra, sin el trabajo de apisonadora de toda huella ajena y extranjera llevado a cabo por quienes han entendido dicha identidad como algo singular e inmutable.

En todo caso, al reivindicar con sus ensayos toda esa labor condicionada por la emigración, el destierro y la marginación, es decir, esa periferia que bordea a lo que tradicionalmente se ha entendido como el canon de la literatura española, V. Llorens no hace otra cosa que situarse en una posición ciertamente excéntrica –por rara, también– y reclamar una nueva y *descentrada* centralidad atenta a todas las diferencias y divergencias, una centralidad caracterizada no tanto por la homogeneidad y la pureza como por el mestizaje y la hibridez; y junto a la reivindicación de esa centralidad más o menos descentrada se encuentra su particular relación con la tradición literaria, marcada no por el vasallaje y el sometimiento ciegos sino por el establecimiento de referentes con los que se pueden abrir vías de diálogo, como las abiertas desde hace ya mucho tiempo entre las literaturas que se están escribiendo en español a ambas orillas del Atlántico, de tal manera que hoy la literatura española no puede explicarse sin tener en cuenta la literatura hispanoamericana, secciones que comparten un mismo escenario en el ámbito de la literatura occidental (podrían citarse muchos escritores que, al margen de su lugar de nacimiento, no pueden analizarse únicamente desde una perspectiva nacionalista).

En repetidas ocasiones a lo largo de su obra ensayística, V. Llorens se ha referido a la intermitencia, la ruptura y la discontinuidad como rasgos constantes de la historia

cultural española, rasgos que también han percibido otros pensadores anteriores (Menéndez Pelayo) y posteriores (José Luis Abellán):

En la literatura española no solamente se había producido el fenómeno de que el género novelesco, tan fecundo hasta entonces, desapareciera hacia mediados del siglo XVII, sino de que con el tiempo se borrara también su recuerdo, esto es, que se rompiera un eslabón importante en la tradición literaria, que como tal significa continuidad. [...]

La tradición literaria interrumpida, las prohibiciones, la prevención general contra la novela, las mismas circunstancias de la historia española reciente, todo parecía conspirar en favor de situaciones anómalas y hasta paradójicas. (Llorens, 1967: 201-202)

Y en otro lugar:

la historia de las emigraciones españolas viene a coincidir en gran parte con la discontinuidad cultural de España, particularmente en la ciencia y la filosofía. (Llorens, 2006a: 426)

Esos rasgos –intermitencia, ruptura, discontinuidad– no han sido muchas veces sino resultado de las expulsiones y emigraciones sufridas desde el siglo XV por diferentes colectivos de españoles: judíos en el siglo XV, moriscos en el XVII, jesuitas en el XVIII, afrancesados, liberales y carlistas en el XIX, republicanos en el XX. Llorens no se muestra precisamente optimista ante estas cuestiones y, al hilo de su propia emigración, señala (Llorens, 1967: 236):

la emigración ha sido muy larga, y si las relaciones entre el escritor emigrado y el lector español han vuelto a reanudarse, la verdad es que el tiempo mismo ha hecho ya difícil la comunicación. Cuando el joven poeta español volvió a tomar contacto hace pocos años con los de la emigración, sepultados ya algunos en la historia, poco o nada podían ya atraerle. [...]

Ahora bien, esto no es más que un aspecto de la discontinuidad producida por la emigración en la historia cultural de España, tan discontinua ya en el pasado.

En otro lugar, Llorens (2006a) ha destacado la importancia numérica de la emigración republicana de 1939, solo comparable “con las grandes expulsiones de judíos o de moriscos en otra época histórica” (Llorens, 2006a: 129). Y como consecuencia de unas y otras emigraciones, lo cierto es que la cultura española ha vivido con frecuencia escindida hasta el punto de que esas palabras con que Llorens (1989: 32) se refiere al romanticismo español –“existieron al mismo tiempo dos literaturas españolas que no siguieron igual rumbo”– bien pudieran servir para caracterizar otros períodos históricos, una cultura que ha avanzado a rachas, a trompicones, a golpes, casi siempre condenada a superar enormes obstáculos y dificultades, atravesando

cíclicamente etapas de reacción y de progreso. Al hilo de la historia cultural de la España moderna, V. Llorens (2006: 677) se ha referido a un

largo y penoso esfuerzo para ponerse a tono con el espíritu del tiempo, y cuando el objetivo parecía logrado, ya el tal espíritu había tomado una nueva dirección. De ahí la confusión, el tropel innovador y el persistente anacronismo de la cultura española, que vive en los tiempos modernos no solo en una posición de inseguridad, sino moviéndose constantemente a contratiempo de la europea.

Al margen del innegable fondo trágico que conlleva todo exilio –los fenómenos migratorios, señalaba Llorens (2006a: 426), “son como ramas arrancadas de un árbol quizá fructífero” pero que no florecerán de nuevo–, al margen, decía, de estas circunstancias, es indudable también que el exilio –en lo que se refiere a la práctica artística en general, y literaria en particular– ha supuesto a lo largo de la historia la oportunidad –necesidad obliga– de abrir nuevas vías de exploración, la posibilidad de transitar por distintas lenguas, tradiciones y culturas; practicar la literatura desde la perspectiva del exiliado implica reconocer en la lengua un escenario de identidad compleja y cambiante en el que pueden escucharse muchos y diferentes registros. Se habla aquí del exilio no como lo entendió el tópico romántico –el artista es un exiliado en la tierra– sino como una experiencia *real*, casi nunca elegida, casi siempre dolorosa, marcada por el desarraigo y el olvido. Paul Ilie, Claudio Guillén, Edward W. Said, entre otros, han estudiado a fondo el tema del exilio y lo han puesto en relación con las prácticas culturales (George Steiner ha acuñado el término “extraterritorial” para recordar que la cultura occidental contemporánea ha sido en gran parte producto de los exiliados y sobre la experiencia del exilio). Said reconoce que esa mirada desde el margen que se produce cuando nos situamos en el exilio conlleva –con todas sus pérdidas– una renovación en las modalidades de percepción del mundo que supone una superación del excluyente nacionalismo, del que el exilio es su contrapartida; Said, que conoció personalmente esa experiencia desde la infancia, publicó en 1999 su autobiografía con un título revelador (*Out of Place*), donde narra los procesos de desposeimiento y eliminación simbólica (y, últimamente, también real) sufridos por los palestinos a partir de la creación del Estado de Israel. En todo caso, Said defiende que la experiencia del exilio supone una acumulación de pérdidas y que esas pérdidas, gestionadas de un modo adecuado, pueden convertirse en una ganancia puesto que contienen la promesa del (re)conocimiento del otro.

En 1978, en el prólogo a una obra de José Luis Abellán, Vicente Llorens pudo referirse al habitual papel coercitivo desempeñado por los nacionalismos culturales, que trabajan al abrigo de estrechos intereses políticos de corte nacionalista. Como el

propio término sugiere, el posnacionalismo surge de las cenizas del nacionalismo, emana de las heridas que abrió, se propone con la intención de dar respuestas a procesos culturales, políticos y sociales abiertos en plena posmodernidad y que ya no pueden ser resueltos desde una perspectiva únicamente nacionalista. De hecho, una gran parte de acontecimientos y fenómenos del mundo contemporáneo (incluso aquellos que parecen afectar tan solo a una única nación) deben ser analizados desde la perspectiva de la denominada “globalización” o “mundialización”, un término utilizado con frecuencia para describir procesos fundamentalmente económicos surgidos en la posmodernidad o era posindustrial, pero aquejado de una pobreza semántica considerable dado el uso recurrente que se hace de él en la política, la tecnología, las relaciones sociales, las prácticas culturales, etc. Al igual que la historia del mundo contemporáneo tendrá que redactarse como el relato de un mundo que traspasa las fronteras de las naciones, un mundo que conoce los ambivalentes efectos de la globalización (entre los que se encuentran el escandaloso e inmoral enriquecimiento de unos pocos frente al empobrecimiento y el exilio a los que se ven arrastrados otros muchos), y dado además que la nación no puede considerarse en ningún caso como una construcción social primaria e invariable, la literatura habrá de valorarse –como querían los comparatistas del primer momento– como un fenómeno radicalmente supranacional dado que el escenario nacional se presenta insuficiente y engañoso: “la literatura nacional es una institución [...], desde un punto de vista histórico-literario, no ya insuficiente [...] sino espuria y fraudulenta. Las raíces de la imaginación poética se hunden en la lengua y en la vida, no en las naciones y las razas” (Guillén, 1989: 235). Como ya mostrara ese maestro del comparatismo que fue Claudio Guillén, es una temeridad, además de una falacia, vincular el análisis de cualquier historia literaria nacional al desarrollo de un determinado proyecto nacionalista y esta es una lección que Vicente Llorens –que trabajó casi siempre desde la orilla y muchas veces sobre autores y temas no precisamente canónicos sino periféricos– tuvo muy presente en su trayectoria intelectual.

Referencias bibliográficas

- Abellán, José Luis (1976): “Presentación general”, en V. Llorens (1976), 13-24.
- Aznar Soler, Manuel (2006): “Vicente Llorens y la historia del exilio republicano español de 1939”, en V. Llorens (2006a), 9-103.
- Blanco White, José María (1971): *Antología*, ed. de V. Llorens, Barcelona, Labor.
- (1972): *Cartas de España*, introd. de V. Llorens, trad. y notas de A. Garnica, Madrid, Alianza Editorial.

- Cernuda, Luis (1991): *La Realidad y el Deseo (1924-1962)*, Madrid, Alianza Editorial.
- Gellner, Ernest (1988): *Naciones y nacionalismo*, trad. de J. Setó, Madrid, Alianza.
- Guillén, Claudio (1989): *Teorías de la historia literaria*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Hobsbawm, Eric J. (1991): *Naciones y nacionalismo desde 1780*, trad. de J. Beltrán, Barcelona, Crítica.
- (2000): “Los nuevos nacionalismos”, en *Pasajes*, enero-abril, 2, 29-34.
- Hutcheon, Linda (2002): “Rethinking the National Model”, en L. Hutcheon y M. J. Valdés, eds. (2002), 3-49.
- , y Mario J. Valdés, eds. (2002): *Rethinking Literary History: A Dialogue on Theory*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
- Lambert, José (2006): “En busca de los mapas literarios del mundo”, en D. Romero López, ed. (2006), 113-128.
- Llorens, Vicente (1967): *Literatura, historia, política*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente.
- (1970): “El siglo XIX en la historia y la literatura”, pról. en C. E. Lida e I. M.^a Zavala, coords., *La Revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*, Nueva York, Las Americas Publishing Company, 9-21.
- (1974): *Aspectos sociales de la literatura española*, Madrid, Castalia.
- (1976): *La emigración republicana de 1939*, Madrid, Taurus.
- (1989): *El romanticismo español*, 2.^a ed., Madrid, Castalia.
- (2006): *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia.
- (2006a): *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, ed. de M. Aznar Soler, Sevilla, Renacimiento.
- (2006b): *Memorias de una emigración (Santo Domingo, 1939-1945)*, ed. de M. Aznar Soler, Sevilla, Renacimiento.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels (1987): *El Manifiesto Comunista*, trad. de W. Rocés, intr. de R. Blanco, Madrid, Endymión.
- Pozuelo Yvancos, José María (2000): “Ángel Valbuena: la renovación de la historiografía literaria española”, en *Monteagudo*, 3.^a época, 5, 51-69.
- Romero López, Dolores, ed. (2006): *Naciones literarias*, Barcelona, Anthropos/Universidad Complutense de Madrid.